

Ann  
Patchett

**LA CASA HOLANDESA**

Título original: *The Dutch House*

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2019 by Ann Patchett  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2019  
Madrid, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-659-1  
Depósito legal: M. 31.706-2019  
Printed in Spain

*Este libro es para Patrick Ryan*



# PRIMERA PARTE



# Capítulo 1

---

Era la primera vez que nuestro padre traía a Andrea a la Casa Holandesa. Sandy, el ama de llaves, subió a la habitación de mi hermana y nos dijo que bajáramos.

—Vuestro padre tiene una visita y quiere que bajéis para que os conozca.

—¿Es un amigo del trabajo? —preguntó Maeve. Maeve era mayor y entendía mejor las complejidades de las relaciones de amistad.

Sandy meditó un instante la pregunta.

—Creo que no. ¿Dónde está tu hermano?

—En el banquito de la ventana —respondió Maeve.

Sandy tuvo que descorrer las cortinas para dar conmigo.

—¿Por qué tienes que echar las cortinas?

Yo leía.

—Porque quiero intimidad —respondí. A los ocho años no tenía idea de qué significaba esa palabra realmente, pero me gustaba, y también me gustaba la acogedora sensación que daba cerrar las cortinas.

No sabíamos nada de la misteriosa visita. Nuestro padre no tenía amigos, al menos no del tipo que viniesen a visitarlo a casa un sábado por la tarde. Salí de mi escondite, me dirigí a las escaleras y me eché sobre la alfombrilla del descansillo.

Sabía por experiencia que tumbándome ahí podría ver el salón, asomado entre el poste de la escalera y el primer balaustre. Ahí estaba mi padre, ante la chimenea, y junto a él, una mujer. Me pareció que observaban los retratos del señor y la señora VanHoebeek. Me levanté y regresé a la habitación de mi hermana para dar parte.

—Es una mujer —le dije a Maeve. Sandy ya lo sabría.

Sandy me preguntó si me había cepillado los dientes, refiriéndose a si me los había cepillado esa mañana. Eran las cuatro de la tarde; nadie se cepilla los dientes a esa hora. Ese día, sábado, Sandy tenía que hacer todo ella sola, porque Jocelyn libraba. Sandy encendía la chimenea, atendía al timbre de la puerta y ofrecía bebidas, pero no tenía responsabilidad sobre mi dentadura. Ella libraba los lunes, y los domingos libraban ambas, porque mi padre pensaba que no se podía obligar a nadie a trabajar en domingo.

—Sí —respondí a Sandy, porque probablemente me los habría cepillado.

—Pues cepíllatelos otra vez —repuso—. Y péinate.

Esto último iba en realidad por mi hermana, que tenía una larga melena negra, que, recogida, era gruesa como diez colas de caballo atadas unas con otras. Era inútil que se lo cepillara una y otra vez: siempre lucía un poco desaliñada.

Cuando estuvimos presentables, Maeve y yo bajamos y nos quedamos bajo el dintel del arco del vestíbulo que daba paso al salón, observando a nuestro padre y viendo cómo Andrea estudiaba a los VanHoebeek. Ellos no se dieron cuenta de que estábamos ahí, o simplemente no quisieron prestarnos atención —es difícil saberlo—, así que esperamos. Maeve y yo sabíamos cómo no hacer ruido al movernos por la casa, hábito nacido de nuestros esfuerzos por no irritar a nuestro padre, aunque se enfadaba aún más cuando se daba cuenta de que lo estábamos espiando. Llevaba puesto su traje azul.

Papá no se ponía nunca traje los sábados. Me fijé, por primera vez, en que el pelo se le empezaba a agrisar por detrás. Junto a Andrea parecía aún más alto de lo que ya era.

—Debe de resultar muy gratificante que estén cerca —le dijo Andrea, refiriéndose no a sus hijos, sino a los cuadros.

En los retratos, los señores VanHoebeek, que no tenían nombres de pila conocidos, aparecían entrados en años, pero no ancianos. Ambos vestían de negro y mantenían una pose formal y erguida, reminiscente de otra era. Eran dos retratos enmarcados independientemente, pero se veía a los cónyuges tan cerca el uno del otro, tan casados, que yo siempre pensé que originalmente debió de ser un único retrato que alguien cortó en dos. Andrea había inclinado hacia atrás la cabeza para escudriñar esos cuatro astutos ojos que parecían seguir a los niños de la casa con mirada reprobatoria, sin importar en qué sofá se sentasen. Maeve, sin hacer ruido, me metió un dedo en la axila para hacerme cosquillas, pero conseguí aguantarme. Todavía no nos habían presentado a Andrea, quien, desde atrás, se nos hizo diminuta y elegante con su vestido con cinturón y un sombrero oscuro no mayor que un platito de postre, prendido con una horquilla al pelo claro. Yo me había educado en un colegio de monjas y sabía que si me reía podría avergonzar a los invitados, y eso no era buena idea. Andrea no tenía manera de saber que esas personas que aparecían en los cuadros venían con la casa, que todo lo que había en la casa venía con la casa.

Los VanHoebeek habitaban la sala de estar y eran el gran espectáculo, la prueba gastada por el tiempo, a escala real, de que existieron esas personas de rostros severos y en absoluto encantadores. Sus imágenes habían sido reproducidas con una exactitud y una forma de entender la luz característica holandesa; por lo demás, en todos los pisos había decenas de retratos menores: en los pasillos, los hijos; en los

dormitorios, los antepasados; los personajes anónimos a los que habían admirado, desperdigados aquí y allá. Había también un retrato de Maeve con diez años, que, si bien no era tan grande como los cuadros de los VanHoebeek, era igual de bueno. Mi padre había contratado a un pintor famoso, que llegó desde Chicago en tren. Según contaba, el pintor tenía que retratar a nuestra madre, pero esta, a la que nadie le había contado que el pintor se alojaría con nosotros dos semanas enteras, se negó a posar, así que, al final, la retratada fue Maeve. Cuando el retrato estuvo terminado y enmarcado, mi padre lo colgó en la sala de estar, frente por frente de los VanHoebeek. A Maeve le gustaba decir que fue así como aprendió a mirar a la gente por encima del hombro.

—Danny —llamó mi padre cuando por fin se giró, sabiendo perfectamente que estábamos justo ahí—. Ven a saludar a la señora Smith.

Siempre creeré que a Andrea se le torció el gesto por un instante cuando nos vio a Maeve y a mí. Aunque mi padre no hubiera hablado de sus hijos, ella debía sin duda haber sabido que los tenía.

En Elkins Park todo el mundo sabía cómo eran las cosas en la Casa Holandesa. Quizá Andrea pensó que nos quedaríamos en el piso de arriba. Después de todo, había venido a conocer la casa, no a los niños. Quizá la mirada de Andrea estaba dirigida únicamente a Maeve, quien, a sus quince años y calzada con zapatillas deportivas, era ya más alta que Andrea en tacones. Cuando se hizo evidente que iba a ser más alta que el resto de las niñas de su clase y que la mayoría de los niños, Maeve adquirió el hábito de encorvarse. Nuestro padre se mostraba implacable y le corregía la postura una y otra vez. La frase «Arriba la cabeza; los hombros, para atrás» se oía con más frecuencia en casa que el nombre de pila de mi hermana. Mi padre estuvo años dándole palmadas entre los

omóplatos cada vez que se la cruzaba en el pasillo o en cualquier habitación; la consecuencia no buscada fue que Maeve empezó a caminar tiesa como un soldado de la guardia real británica, o como la reina misma. Hasta yo me daba cuenta de que podía resultar intimidante: el telón de pelo negro y resplandeciente; la manera en que bajaba los ojos para mirar a la gente en lugar de torcer el cuello. Yo, a mis ocho años, seguía siendo más bajo que la mujer con la que mi padre se acabaría casando, diferencia que sin duda la haría sentir cómoda. Extendí la mano para estrechar la suya, pequeñita, y me presenté, y Maeve me imitó. En la memoria familiar calaría una versión de la historia según la cual Maeve y Andrea se llevaron mal desde el primer momento, pero no fue así. Maeve se mostró exquisitamente agradable y educada el día en que se conocieron, y así siguió mostrándose hasta que lo dejó por imposible.

—¿Cómo está usted? —saludó Maeve, y Andrea contestó que estaba muy bien.

Andrea estaba bien. Cómo no, cómo pensar lo contrario. Llevaba años proponiéndose entrar en aquella casa, tomar a papá por el brazo para subir la amplia escalinata de piedra y el porche de baldosa roja. Era la primera mujer que nuestro padre traía a casa desde que nuestra madre se marchase, aunque Maeve me contó que había tenido una historia con la niñera, una chica irlandesa llamada Fiona.

—¿Crees que se acostaba con Peluche? —le pregunté. Así es como llamábamos a Fiona cuando éramos niños, en parte porque a mí me costaba pronunciar su nombre real y en parte por las suaves ondas de pelo rojo que se le derramaban sobre los hombros, formando una nube que hipnotizaba a cualquiera. Yo me enteré de aquel idilio de mi padre como de tantas otras cosas: muchos años después, en un coche aparcado al pie de los terrenos de la Casa Holandesa, junto a mi hermana.

—O eso o le gustaba limpiarle la habitación de madrugada —teorizó Maeve. Mi padre y Peluche in fraganti. Yo hice un gesto de desaprobación con la cabeza.

—No quiero ni imaginarlo.

—No lo intentes. Por Dios, Danny, qué asco. En cualquier caso, tú eras prácticamente un bebé durante la administración Fiona. Me extraña incluso que la recuerdes.

Resulta que Peluche me pegó con un cucharón de madera cuando yo tenía tres años, por eso la recuerdo. Me quedó una cicatriz con forma de palo de golf junto al ojo izquierdo; Maeve la llamaba «la marca Peluche». Peluche contaba que le tiré de la falda mientras preparaba compota de manzana y se asustó. Que me llevé el golpe mientras ella intentaba apartarme de la hornilla y que, por supuesto, no me había pegado intencionadamente. En mi opinión, no obstante, es bastante complicado pegarle accidentalmente un cucharazo a un niño en toda la cara. La anécdota tiene interés más bien por ser mi primer recuerdo claro de otra persona, de la Casa Holandesa o, en general, de mi vida. No tengo ni una sola imagen de mi madre, pero recuerdo la cuchara de Peluche agrietándose por el impacto contra mi sien. Recuerdo a Maeve, que estaba en el salón cuando grité, entrar volando en la cocina, como volaban los ciervos al huir saltando por encima del seto del jardín trasero. Se lanzó contra Peluche y la empujó contra la hornilla; las llamas azuladas flamearon y el cacharro con la compota hirviendo cayó al suelo y nos quemamos los tres con las salpicaduras. A mí me dieron seis puntos, Maeve terminó con una mano vendada y a Peluche la despidieron. La recuerdo llorando y diciendo que lo sentía muchísimo, que había sido un accidente. No quería marcharse. Esa fue la otra relación que tuvo nuestro padre, según mi hermana. Supongo que hay que hacerle caso, porque yo tenía cuatro años cuando me hice aquella herida y Maeve había cumplido ya once.

Los padres de Peluche habían trabajado para los VanHoebeek como chófer y cocinera. Peluche había vivido parte de su infancia en la Casa Holandesa o, más bien, en el pequeño apartamento que había sobre la cochera. No pude evitar preguntarme, cuando su nombre volvió a salir en una conversación tras tanto tiempo, adónde habría ido cuando la echaron.

Peluche era la única persona de la casa que había conocido a los VanHoebeek. Ni siquiera nuestro padre había coincidido con ellos, pero todos nos sentábamos en sus sillas, dormíamos en sus camas y comíamos en su vajilla de porcelana de Delft. La historia en este caso no la contaban los VanHoebeek, sino su casa. La familia había hecho fortuna con la venta al por mayor de cigarrillos, próspero negocio en el que se embarcó el señor VanHoebeek poco antes de estallar la Primera Guerra Mundial. A los soldados del frente se les regalaba tabaco para levantarles la moral, y el hábito los acompañó de vuelta a casa y los ayudó a celebrar la subsiguiente década de prosperidad. Los VanHoebeek ganaban dinero a espuestas y encargaron construir una casa en lo que entonces eran unos campos de cultivo en las cercanías de Filadelfia.

El asombroso éxito de la casa debería atribuirse al arquitecto. Cuando decidí investigar al respecto, no encontré ningún otro trabajo suyo destacable. Podría ser que alguno de los VanHoebeek —o ambos— fuera una suerte de esteta visionario, o que el terreno inspirase una maravilla más allá de lo que cualquiera de los dos hubiese imaginado; quizá tuviera que ver que en los Estados Unidos de después de la Primera Guerra Mundial resurgieron artesanos que recuperaron una excelencia hacía tiempo perdida. Cualquiera que fuese la explicación, la casa en la que terminaron viviendo —y después nuestra familia— se originó en el encuentro entre el talento y la suerte. No sé cómo se explica que una casa de tres pisos

ofrezca la cantidad de espacio justo, pero así era en el caso de la Casa Holandesa. Quizá habría que decir, más apropiadamente, que era demasiada casa para cualquiera, un inmenso y absurdo derroche, pero jamás quisimos que fuese de otra manera. La Casa Holandesa, como la llamaban en Elkins Park, Jenkintown y Glenside, y hasta en la misma Filadelfia, no aludía a su estilo arquitectónico sino a sus inquilinos, por ser la morada de aquellos holandeses de apellido impronunciable. Desde cierta distancia, parecía flotar un palmo por encima de la colina sobre la que se levantaba. Los vidrios que enmarcaban la puerta de entrada eran tan amplios como los de un escaparate y estaban sostenidos por unas vides de hierro forjado. Las ventanas dejaban entrar el sol y reflejaban sus rayos de vuelta, iluminando el amplio césped. El estilo podría quizá describirse como neoclásico, aunque con una sencillez de líneas que se acercaba más al estilo de una casa del Mediterráneo francés. No era, definitivamente, de estilo holandés, pero se decía que las repisas de las chimeneas, de porcelana de Delft, provenían de un castillo de Utrecht y habían sido regaladas a los VanHoebeek por un príncipe para saldar una deuda de juego. La casa, con las repisas de todas sus chimeneas, se terminó de construir en 1922.

—Disfrutaron de unos largos siete años antes de que los banqueros empezasen a tirarse por las ventanas —contó Maeve, colocando a nuestros predecesores en su lugar histórico.

Oí hablar por primera vez de los terrenos que habían sido vendidos el día que Andrea llegó a la casa. Pasó con nuestro padre al vestíbulo y contempló el jardín delantero por la ventana.

—¡Cuánto cristal! —observó, como calibrando si todo aquel vidrio podría quitarse y cambiarse por una pared de verdad—. ¿No os preocupa que os vean desde fuera?

No solo se veía el interior de la Casa Holandesa, es que se le distinguían todas las tripas. La casa era un poco más estrecha por el medio y el alargado vestíbulo conducía directamente a lo que llamábamos el observatorio, en el que se abría un ventanal que daba al jardín trasero. Desde el camino de acceso uno podía hacer el siguiente recorrido con la mirada: escalinata del porche, porche, puerta de entrada, el extenso suelo de mármol del vestíbulo, el observatorio y, por fin, las lilas que flameaban, ajenas a todo, en el otro jardín, a espaldas de la casa.

Nuestro padre miró hacia el techo y a continuación hacia el lado contrario de la habitación, como si reflexionase por primera vez sobre esa posibilidad.

—Estamos bastante lejos de la calle —contestó. Esa tarde de mayo, los tilos que flanqueaban la linde del terreno eran una frondosa muralla verde. La ladera cubierta de hierba por la que yo rodaba como un perro los veranos era bastante ancha y empinada.

—Pero ¿y por la noche? —preguntó Andrea con voz preocupada—. Me pregunto si habría alguna manera de poner cortinas.

Poner unas cortinas que taparan la vista me pareció no solo imposible, sino la idea más tonta que había oído en mi vida.

—¿Tú nos has visto alguna vez de noche? —preguntó Maeve.

—Acordaos de cómo era este lugar antes de que construyeran la casa —comentó nuestro padre, imponiéndose a Maeve—. Eran más de ochenta hectáreas. El terreno llegaba hasta Melrose Park.

—Pero ¿por qué lo vendieron?

De repente, Andrea comprendió que aquella casa habría tenido mucho más sentido si no estuviera rodeada de otras.

La línea de visión permitiría ir mucho más allá del jardín y de los macizos de rosas y peonías que crecían al pie de la ladera. La mirada viajaría valle abajo, cruzando las anchas orillas del río, hasta el bosque. Cuando los VanHoebeek o cualquiera de sus invitados miraban por la ventana del salón de baile por la noche, la única luz que sin duda veían era la de las estrellas. Entonces no había calle ni vecinos, aunque hoy día tanto la calle como la casa de los Buchsbaum, que se levantaba del otro lado de la calzada, eran perfectamente visibles en invierno, cuando caían las hojas de los árboles.

—Por dinero —dijo Maeve.

—Por dinero, sí —repitió mi padre, con un gesto de asentimiento. No era una idea demasiado difícil de captar. Hasta yo, a mis ocho años, era capaz de entenderlo.

—Pero se equivocaban —replicó Andrea con cierta tensión en torno a los labios—. Piensa en lo bonito que debió de ser este lugar. Por lo que a mí respecta, les habría exigido más respeto. Esta casa es una obra de arte.

Y entonces fue cuando me reí, porque había entendido que, según Andrea, los VanHoebeek deberían haberle tenido más respeto y haberle preguntado a ella antes de vender, o algo así. Mi padre, irritado, le dijo a Maeve que me llevara arriba. Como si se me hubiera olvidado a mí cómo subir.

Los cigarrillos industriales, bien ordenados dentro de sus cajetillas, eran un lujo para ricos, como también lo eran las hectáreas de tierra por las que no paseaban ni siquiera sus primeros dueños. Poco a poco fueron deshaciéndose del amplio terreno que rodeaba la casa, trocito a trocito. La caída de la casa de los VanHoebeek fue pública y notoria y quedó registrada en los anales inmobiliarios. La parcela se vendió a trozos para saldar deudas: diez acres, luego cincuenta, luego veintiocho. Elkins Park se fue acercando, poco a poco, a las puertas de la Casa Holandesa. Así fue como los VanHoebeek lograron

capear la Gran Depresión, hasta que el señor VanHoebeek murió de neumonía en 1940. Uno de los hijos murió siendo un niño y los dos mayores cayeron en la guerra. La señora VanHoebeek murió en 1945, cuando no tenía nada más que vender, aparte de un trozo de jardín en el lateral. La casa y todo lo que contenía regresaron a manos del banco: polvo al polvo.

Peluche se pudo quedar, por cortesía del Pennsylvania Savings and Loan, un banco hipotecario que le pagaba un pequeño estipendio para que se ocupara del mantenimiento de la casa. Los padres de Peluche habían muerto, o quizá habían encontrado otros empleos. El caso es que ella vivía encima de la cochera y todos los días echaba un vistazo a la casa para comprobar que no aparecían goteras y que no habían reventado las tuberías. Con el cortacésped segó un sendero que conectaba la cochera con la puerta principal, y dejó que el resto creciera en libertad. Recogía la fruta de los árboles que quedaban junto a la parte de atrás de la casa; hacía compota de manzana y llenaba tarros de melocotones en almíbar para el invierno. Cuando nuestro padre compró la casa y lo que quedaba de terreno, en 1946, los mapaches se habían hecho fuertes en el salón de baile y se habían comido hasta el cableado eléctrico. Peluche entraba en la casa solo cuando el sol estaba más alto, a la hora en que todos los animales nocturnos estaban amontonados en sus agujeros, durmiendo profundamente. El milagro fue que los mapaches no terminasen provocando un incendio. En última instancia, alguien los capturó y se deshizo de ellos, pero atrás quedaron pulgas que terminaron metiéndose por todos los intersticios. Maeve decía que lo primero que recuerda de la casa es rascarse y a Peluche untándole de calamina los habones con un bastoncillo de algodón. Mis padres contrataron a Peluche para que hiciera de niñera de mi hermana.

\* \* \*

La primera vez que Maeve y yo aparcamos en la calle de los VanHoebeek (se pronuncia ‘vanjúbeik’, y no ‘vanjúbik’, como decía todo el mundo en Elkins Park) fue cuando, también por primera vez, volvía yo a casa desde mi internado en Choate, para las vacaciones de Semana Santa. Era primavera, por decir algo, porque seguía habiendo un palmo de nieve en el suelo, toda una broma de Primero de Abril como colofón a un invierno especialmente crudo. Durante mi primer semestre en el internado aprendí que la auténtica primavera quedaba para los hijos cuyas familias iban de vacaciones a las Bermudas esos días.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté a mi hermana cuando hubo detenido el coche ante la casa de los Buchsbaum, frente a la Casa Holandesa.

—Quiero ver una cosa —respondió Maeve, inclinándose hacia delante y apretando el encendedor.

—Aquí no hay nada que ver —añadí yo—. Vámonos.

Yo estaba de mal humor, por el tiempo y también por el desequilibrio que, a mis ojos, mediaba entre lo que yo tenía y lo que me merecía. Aun así, me alegraba estar de vuelta en Elkins Park y pasar ese rato con mi hermana en su coche, la ranchera Oldsmobile azul de nuestra infancia, que mi padre le regaló cuando ella se compró su primer apartamento. Como yo tenía quince años y la mayor parte del tiempo me comportaba como un imbécil, pensé que aquel sentir hogareño que se despertaba en mi interior tenía que ver con el coche y con ese sitio en que mi hermana había decidido parar, en lugar de hacer un ejercicio de gratitud atribuyéndoselo a ella en exclusiva.

—¿Tienes prisa por ir a algún lado? —preguntó ella, agitando la cajetilla de tabaco para sacar un cigarrillo y colocando los dedos en torno al encendedor, a la espera de que saltara. Salía disparado con tanta fuerza que, si no estaba uno

atento, llegaba hasta el asiento de atrás o la alfombrilla, o la pernera del pantalón de alguien, donde normalmente terminaba haciendo un agujero.

—¿Vienes aquí en coche cuando estoy en el instituto?

El mechero saltó con un chasquido, pero ella lo tenía agarrado. Se encendió el cigarro y contestó que no.

—Pero aquí estamos —dije. La nieve caía mansa y constante mientras la última luz del día se retiraba entre las nubes. Maeve tenía alma de camionero islandés: no había mal tiempo que la detuviera; yo, no obstante, me acababa de bajar de un tren, estaba cansado y tenía frío. Me apeteció comer unos sándwiches de queso fundido y darme un baño caliente. En Choate, darse un baño era motivo de escarnios interminables, nunca supe por qué. Solo ducharse era de hombres.

Maeve se llenó los pulmones de humo, exhaló y luego apagó el motor.

—Pensé un par de veces en venir, pero decidí esperarte.

Entonces me sonrió y dio un par de vueltas a la palanca de la ventanilla, bajándola lo imprescindible para que entrase una fina lámina de aire ártico. Hasta que me fui al internado, la incordiaba constantemente para que dejase el tabaco, y luego se me olvidó contarle que en el internado precisamente había empezado a fumar yo. En Choate, en lugar de darnos baños, fumábamos.

Estiré el cuello para dirigir la mirada hacia el camino de acceso.

—¿Los ves?

Maeve miró por su ventanilla.

—No sé por qué, pero sigo recordando la primera vez que vino a la casa, hace como un millón de años. Tú ni te acordarás. —Pero sí, por supuesto que me acordaba. ¿Cómo olvidar el día que apareció Andrea?—. Tampoco recordarás cuando

nos preguntó si no nos preocupaba que la gente nos viera dentro de la casa por las noches.

En cuanto salieron aquellas palabras de la boca de Maeve, el vestíbulo se inundó de la cálida luz de la lámpara de araña. A continuación, tras una pausa, se encendieron las luces de la escalera y, unos momentos después, la del dormitorio principal de la segunda planta. La iluminación de la Casa Holandesa parecía estar perfectamente coordinada con las palabras pronunciadas por mi hermana, hasta tal punto que casi me da un vuelco el corazón. Pues claro que Maeve había estado viniendo a la casa sin mí. Sabía que Andrea encendía las luces en el momento mismo en que el sol desaparecía. Negarlo no era más que puro teatro por parte de mi hermana. Cuando me di cuenta, supe ver todos los esfuerzos que hacía. Era todo un espectáculo.

—Mira, mira —susurré yo.

Los tilos estaban desnudos, y nevaba, pero no muy fuerte. Desde luego que podía verse el interior de la casa, y hasta el otro lado. No con demasiado detalle, claro, pero rellenábamos los huecos de memoria: ahí estaría la mesa redonda, bajo la araña, donde Sandy dejaba el correo de papá por las noches, y detrás de ella el reloj de pared al que era mi responsabilidad dar cuerda todos los domingos después de misa, para que el barquito que flotaba bajo el seis siguiera meciéndose suavemente entre aquellas dos filas de olas pintadas. Desde luego, ni el barco ni las olas podían verse, pero yo sabía que estaban ahí, como la consola semicircular contra la pared, el jarrón color azul cobalto decorado con las figuras de una niña y un perro, las dos sillas francesas en las que nunca se sentaba nadie, el espejo gigantesco cuyo marco siempre me hacía pensar en los brazos retorcidos de un pulpo dorado. Andrea cruzó el recibidor como quien sale al escenario tras recibir la orden de un director de escena. Estábamos dema-

siado lejos y no se le distinguía la cara, pero la reconocimos por los andares. Vimos a Norma bajar por las escaleras a toda velocidad y luego detenerse en seco; su madre probablemente le había ordenado que no corriese. Estaba muy alta, Norma. Aunque quizá fuese Bright.

—Seguro que nos espío antes de entrar en casa esa primera vez —dijo Maeve.

—O quizá todo el mundo nos espía. Quizá nos espían todos los que alguna vez pasaron por esta calle en invierno.

Alargué la mano y saqué la cajetilla de tabaco del bolso de mi hermana.

—Eso me parece un poco exagerado. «Todos.» No somos para tanto.

—En Choate nos enseñan que los que estudiamos allí sí lo somos.

Maeve rio. Se notaba que no esperaba una salida así. Me encantó verla reír.

—Cinco días enteros contigo en casa —dijo, exhalando el humo por la rendija de la ventana—. Los cinco mejores días del año.